

Aunque nos hemos detenido sólo en algunos poemas para el presente análisis, debemos señalar las virtudes generales de todo el conjunto. Nos impresiona, por una parte, el modo de armarse los poemas a partir de una motivación autobiográfica, el modo de hacerse su lenguaje lúcido, certero, hasta lograr la trascendencia de ella a la esfera de lo universal. Vemos intenciones literarias que se cumplen en muy buena medida, recursos conscientes que funcionan. Son ellas sus virtudes más estrictas. Por otra parte, Lara consigue en "Los enemigos" distanciar el eco de ciertos influjos anteriores, por ejemplo aquel vallejismo de su libro anterior, o bien cierto romanticismo débil en cuanto privado de real dramaticidad.

Podríamos objetar en esta preferencia por lo autobiográfico, cierta ambigüedad y oscuridad de algunos de estos motivos (v. gr.: "Permanencia suya" o "Las bailarinas"). Son ellos de difícil penetración, eufemísticos como narración, intrincados como ideas. No obstante lo primordial está dado.

Podemos estar ciertos, frente a este libro, de que Omar Lara ha conseguido encaminarse hacia una modalidad que le es cada vez más personal, ha conseguido tomar plena conciencia de sus recursos más originales a la vez que nos ha revelado una sensibilidad de muy buen cuño.

WALDO ROJAS

<https://doi.org/10.29393/At420-23TKCS10023>

El témpano de Kanasaka, de FRANCISCO COLOANE. Cuentos. Selección y nota preliminar de Yerko Moretić. Santiago, Edit. Universitaria, 1968, 134 pp. Colección Letras de América.

El primer mérito de esta selección reside en que es representativa. Incluye, en efecto, cuentos escritos desde 1933 —*Perros, caballos, hombres*— hasta 1956: *En el caballo de la aurora* y *De cómo murió el chilote Otey*, y extraídos de los tres libros publicados por Coloane. Así, hay ocho de *Cabo de Hornos* (1941); dos de *Golfo de Penas* (1945) y dos de *Tierra del Fuego* (1956). La nota preliminar de Yerko Moretić recoge algunas observaciones de su conferencia pronunciada en Bratislava, Checoslovaquia, sobre el autor, y recogida parcialmente en el diario *El Siglo*, el 6 de Septiembre de 1964, con ocasión del Premio Nacional otorgado a Coloane.

A pesar de los treinta y más años transcurridos desde la aparición de los primeros cuentos —lapso que bien permite una serena reflexión sobre ellos—, los relatos mantienen frescura y vitalidad y reiteran, desde luego, su importancia nacional en los dos órdenes que le ha asignado la crítica: "el aporte de asuntos y motivos propios de la vida del extremo sur del país —la Patagonia y la Tierra del Fuego, los mares australes y las

estancias ganaderas" y el enterramiento de la literatura imaginista, al modo de la de Augusto d'Halmar y Salvador Reyes. Como dice Alone, su superioridad quedó asentada desde el momento en que se le reconoce como "un profundo conocedor del ambiente evocado" o, como lo afirma el propio Coloane, desde el instante en que narra "lo que ha visto". En este sentido su literatura es profundamente realista, y tanto, que este carácter determina uno de los primeros rasgos estructurales de sus relatos: que el marco de los mismos —sus primeras líneas— esté destinado a una precisión estrictísima del escenario, del lugar geográfico de los hechos, ubicables, si el lector lo quiere, en un buen mapa de nuestra austral geografía:

"Las costas occidentales de Tierra del Fuego..." (*Cabo de...*) "Las primeras noticias las supimos de un cúter lobero que encontramos fondeado detrás de unas rocas en Bahía Desolada, esa abertura de la ruta más austral del mundo, el Canal de Beagle..." (*El témpano de...*).

"Alrededor de novecientos hombres se reunieron a deliberar en la Meseta de la Turba; eran los que quedaban en pie, de los cinco mil que tomaron parte en el levantamiento obrero del territorio de Santa Cruz, en la Patagonia" (*De cómo murió...*)

"Cabeza del Mar, (...) es una entrada del estrecho, tierra adentro, en el comienzo de la Península de Brunswick, a unos cincuenta kilómetros de la ciudad de Punta Arenas" (*La venganza del...*).

Para la generalidad del país, es un escenario exótico, de realidades puras, que empiezan, a medida que se las sigue en los relatos de Coloane, a operar por contraste sobre los ánimos contaminados de urbe y de paisajes domesticados. En esos mares abiertos, en esas tierras sin límites, en esas actividades sin horario, en esa moral sin leyes, de puro instinto, se reconocen valores que la civilización obnubila, deforma, pervierte: la valentía viril, el miedo profundo, la ternura y el odio, la confraternidad panteísta, exonerados, en verdad, de una sensibilidad no virginal. Con razón dice Lafourcade que "el hombre de Coloane es anterior a la caída, vive en el mito de la inocencia, no al modo de la falsificada inocencia natural de J. J. Rousseau, más en la forma dura, áspera del auténtico flujo de la vida". Es esta ley de estructura la que aproxima sus relatos a las narraciones infantiles, las que, además, Coloane ha cultivado con sensibilidad y maestría. En estos hombres solos, y más solos por la soledad de la tierra y del mar que transitan, hay una vehemente y primaria afirmación del yo, afirmación casi desesperada, angustiosa, por cuanto es recorrida subterráneamente por la intuición de una fatalidad impalpable,

pero certera, que puede hacerse presente a la vuelta de un roquerío, en la boca de una carabina o en los abismos del mar. Salvo en las situaciones en que adquieren una conciencia colectiva —y aun en ellas— son egocéntricos y ensimismados. De allí que el lenguaje —instrumento esencial de la comunicación— les sea difícil, incómodo, y hayan perdido “el don de hilvanar pensamientos y frases largas” y sean “entrecortados en el decir y difíciles de entender para los hombres un poco más civilizados...” Si se observan en detalle los diálogos de estos cuentos, se verá que en ellos no se apunta sino a hechos objetivos y corrientes —“la sopa se enfrió”— que funcionan como una máscara de una más profunda, aunque elemental, interioridad.

Esta sociabilidad difícil eleva a los seres irracionales a la categoría de entes compañeros, al modo de “perros, caballos, hombres”. Los animales, inteligentísimos por razones de oficio, se elevan al nivel al que el hombre, por razones de soledad, descende. Y nace así la fraternidad de la pampa o del mar, donde la naturaleza es mirada como un rival temible, pero no todopoderoso. Tal vez, una generación atrás, en la narrativa continental, eso podía acontecer. El hombre era prácticamente un espacio recorrido por la naturaleza. Ahora, podríamos decir que ambos, en una relación de equilibrio —que puede tener un desenlace en favor de cualquiera de las dos fuerzas— se recorren mutuamente. Los protagonistas de estos cuentos la miran con reserva, más bien la sopesan. Pero no caen de rodillas ante ella, ni tienden a una incorporación romántica, masoquista, en sus elementos. Esto se advierte muy bien en la adjetivación del narrador, que es más intelectual —sicológica, poniendo el acento en lo no ordinario, en lo asombroso— que pictórica, y en el estilo, más verbal que nominal.

Y no podría ser de otro modo, tratándose de aventureros, en los más de los casos cosmopolitas, desarraigados, resueltos a jugarse la vida con el fin de ganársela. Son ingleses, chilenos, argentinos, italianos, austríacos, españoles, australianos, escoceses, noruegos, yugoslavos, que hacen más de lo que dicen e, incluso, de lo que piensan.

El narrador ha de venir en ayuda de estos personajes, para compensarlos, aportando a lo que carecen. Son frecuentes estas interpolaciones, del tipo omnisciente, en que se plantean juicios morales, como en la novela decimonónica, obvias e ingenuas muchas veces (“¡Todo es cuestión de precio en esta tierra y en todas partes!”) y, para la unidad del relato, inconvenientes siempre. Con algunas excepciones, tales los relatos admirables *La botella de caña* y *El australiano*, este defecto se prolonga en otro, que es el afán de no dejar nada en el misterio, de explicarlo todo (“Y aquello quedó explicado sencillamente”, “por eso la versión más cierta...”, “Todo se explicaba fácilmente así”), con lo que se resta emo-

ción estética, mundos sugestivos, encanto narrativo a relatos que podrían tenerlo y que se estiran innecesariamente, o en los que se intercalan —“Cururo”—, a deshora, motivos que distraen.

Francisco Coloane es un escritor “bronco, agresivo, casi descortés”, asegura Moretić, consumido por el “apetito de narrar”, agrega Alone y no dejan de tener razón si eso significa descuido estilístico o formal. Pero es certero en la intuición humana, en la incisión del trozo de realidad nacional que presenta. Sus cuentos, además, tienen tensión; sabe preparar el terreno, interesarnos morosamente, meternos en el paisaje y en sus hombres; nos hace comprendernos un poco más a través de ellos.

Tal vez sea intensidad lo que les falta; y sentido del final. Pero no se podría afirmar que no sean generosos en valores de humanidad.

CARLOS SANTANDER

Ilustración y política en la Grecia clásica, de FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS.
Madrid, Revista de Occidente, 1966.

Filólogo, historiador, helenista ante toda cosa, la obra de Adrados es amplia y varia. Traducciones del sánscrito, estudios sobre el léxico esópico, investigaciones de filología indoeuropea, griega y sánscrita, ediciones de clásicos, y una magnífica versión de los líricos griegos arcaicos, y tanto más. Ejemplo de erudición y ciencia, el distinguido catedrático de la Universidad de Madrid entrega ahora una obra de alto valor y elevadas intenciones. Se propone estudiar el pensamiento político de un período, hoy día el de más alto interés en la historia griega: la *Ilustración*. La perspectiva adoptada para enfrentar el fenómeno histórico es la actual, el tiempo presente en función del cual se propone el trabajo. Por cierto la finalidad intrínseca es prevalente. Atenas —y es Atenas el foco del análisis dentro de la Grecia clásica— era una pequeña sociedad subdesarrollada que, dominada por un restringido núcleo aristocrático, quiso darse una base más humana. Tal integración resultó en parte un fracaso, al detenerse el proceso en la política positiva. Sin embargo, es en el intento como en el fracaso que se genera la motivación para su examen. El estudio, a través de las diversas fuentes, brillantemente utilizadas, se atiene al análisis de las fuerzas operantes en el proceso, considerándolas en su relación estructural con la cultura griega en su totalidad, a fin de captar plenamente su significado. La relación dialéctica entre ideología política y praxis, muestra cómo las variadas concepciones constituyen una respuesta crítica a los sistemas vigentes.